

El repasico



César Herero Hernansanz

EL REPASICO

Retomé la palabra para hacer una mención especial a Antonio el cura, echando en falta su persona allí. Pascual me atajó diciendo que estaba presente entre nosotros.

Efectivamente, vive en nosotros, repuse, ensimismándome.

- Sé que me sientes, maestro.
- ¿Ahora ya me ves?
- Sí, Antonio. Te veo, aunque con una percepción algo borrosa.
- Acércate y sentémonos a la vera del brazal.
- No veo ningún brazal, Antonio.
- ¿De verdad que no sientes su gratificante frescura y apacibilidad?
- Pues ahora que lo dices empiezo a sentir una gran satisfacción de estar aquí. Incluso veo el brazal.
- Maestro, vaya cena tan graciosa, ¿no?
- Muy graciosa, Antonio. Volvería a cenar de nuevo.
- Me han dado el pego esos palitos de berenjena rebozada. Pensaba que eran patas fritas y he estado a punto de pedir un plato.
- ¿Es que ibas a cenar con nosotros, cura?
- Os estoy acompañando. En cualquier caso hubiera pedido un par de huevos fritos y patatas.
- ¿Y de segundo, Antonio? ¿Otro par de huevos fritos con patatas?
- Zamarro piojoso, no seas provocador.
- Anda, que me estás poniendo bueno. Tú siempre con tus apelativos cariñosos. Antonio ...
- Tú dirás, maestrucho.
- Antonio, ¿eres hombre o ángel?
- Soy ángel, trompa chota.
- Es que no te imagino con alas. Eras un poco vasto para volar, ¿no?
- Aquí nos sobran las alas. Son imaginación vuestra.
- Oye, cura, ya que estamos metidos en harina, siempre he tenido una duda. En tu venida acá, ¿nadaste a favor de corriente?
- No, César, ni a favor, ni en contra. Simplemente me dejé llevar por la corriente. Pero tengo la impresión de que todas las criaturas se confabularon para facilitar y colaborar en mi tránsito. Por otra parte, los dos sabemos que iba ligero de equipaje.
- Cierto, Antonio. Y tus amarras a este mundo eran inconsistentes, ¿no?
- Pues ya ves. Además, ¡era tan gratificante salir del túnel e ir acercándome a la Luz!
- Claro.
- ¿Quién no se deja llevar?
- La verdad es que yo hubiera hecho lo mismo, Antonio.
- ¿Te acuerdas de la gente que ha venido a la cena?
- ¡Cómo no me voy a acordar, zamarro! Escucha, si están ...

- Mira, Elvira ...
- ¿Cómo la has llamado?
- Elvira, cura.
- Pues sí que te has vuelto delicado desde que te fuiste de la Arrixaca.
- ¿Cómo la llamarías tú?
- La trotaconventos de la UCI, trompa alcuza. O si prefieres la ventolera de la UCI.
- Oye, Antonio, trotaconventos vale, pero ¿por qué ventolera?
- Pues porque su cuerpo es un remolino, su cabeza un tornado y su lengua una ventolera.
- Le has apañado el cuerpo, cura.
- Cállate, tonto el chambi, que yo sé cómo tratar a las mujeres.
- De eso no me cabe la menor duda.
- Dale un abrazo muy apretado de mi parte.

- Escucha, cura, ¿Te has parado a pensar lo graciosa que está Tere Larrosa? Diría que no solamente no pasan los años por ella, sino que como al buen vino los años le enriquecen. ¡Está de dulce!
- Cállate, pendón, que eres un pendón, zamarro de mierda.
- Me estás poniendo suave.
- Es que eres un provocador.
- Pero a ti, ¿qué te parece, Antonio?
- Pues que está muy guapa está exiliada de La Aparecida
- Es una chica maja, ¿no?
- Es el cabo banderas, maestro.
- ¿Ahora te ha dado por la terminología militar?
- Verás, zamarro. A Tere le daban vértigo las alturas. Sin embargo, cuando había que pasar el banderín de enganche para concentraciones, asambleas, huelgas u otras actividades, allí aparecía el cabo banderas arrastrando a la tropa.
- Así es, Antonio.
- Dale un abrazo a esa zamarra.
- Le daré dos, cura. Uno tuyo y otro mío.
- Vaya, hombre, mira qué cariñoso se está volviendo este maestrucho cuando ...
- Tengamos la fiesta en paz, Antonio.

- Oye, calvuchito, observo que no me nombras a Mari Carmen.
- Y ¿qué quieres que te diga, si tú sabes todo?
- Ay zamarro, ya sabía yo que tú y ...
- ¿Qué estás insinuando curilla?
- No, no. Si no insinúo nada. Lo que sucede es que ... Mari Carmen te aprecia de siempre.
- Pues, sí, Antonio, me aprecia o me quiere, ¿vale?
- Sí, pero son de esos amores que no se lleva el viento.
- Mira que eres desgraciado. Yo siento por Mari Carmen un gran afecto y ella me corresponde. ¿A eso lo quieres llamar amor?
- Amigo, todas las querencias son amores. Cuéntame algo de ese amor.
- Eres un cotilla, Antonio.
- Me muero por escucharlo.
- En los primeros años de la Arrixaca su afecto era un gran afecto y su confianza era una gran confianza. ¿Recuerdas que me operaron del menisco de la pierna derecha?
- Lo recuerdo.
- Pues Mari Carmen era la mujer silenciosa, que en el momento más inesperado aparecía a los pies de mi cama poniendo su afecto a mi disposición. Es encantadora esta mujer.
- Ya decía yo ... ¡Qué encantadora te resultaba la chica de los aparatos! Maestrucho, como dicen los viejos, la esencia se guarda en tarros pequeños.
- Así es, Antonio. Lo sé. ¿Le damos un abrazo?
- ¡Cómo no! Y trátala con cariño, maestro.

- Cura, te habías dado cuenta de que está aquí María Sánchez?
- Ay, si es verdad. Está aquí esta florecilla delicada, esa palomica, la mariposa azul de ocelos dorados y alas de cristal.
- Ahora te has vuelto poeta, Antonio?
- No, si yo ... no ...
- Pues te ha salido del alma, cura, y tus palabras llevan carga poética de narices.
- ¡A ver si os creéis poetuchos de mierda, que sois los únicos poetas!
- Veo que estás en vena. ¿Serías capaz de ponérselo en verso a María?
- Por esa chiquilla haría lo que fuera.
- Estoy impaciente por verlo, Antonio.
- Ahí va, zamarro:

María, paloma de mi mañana,
 azul mariposa de mi huerto,
 dorado ocelo y alas de cristal,
 ¿subirás hoy a libar mi flor?

- Bienvenido al club de los poetas, cura. Además en endecasílabos. Toma castaña.
- A mí no me metas en ese club de poetuchos.
- ¿Es que tienes otras pretensiones, Antonio?
- He improvisado, zamarro, porque María se merece esto y mucho más y para que no se os suba la poesía a la cabeza.
- Me dejas de piedra. ¿María te hace tilín, cura?
- Zamarro piojoso, María no me hace tilín, ni tilón. Pero es tan melosilla ...
- Entonces, ¿le damos un abrazo?
- Venga zamarro, pero no te aproveches, eh.
- Si ya decía yo que ...
- Calla, viejo verde.

- Por cierto, Antonio, ¿te has fijado lo guapetona que está Loli Montoya?
- Je, je, maestro César, es que la Lola es mucha Lola.
- Lola es una tía cojonuda y leal. ¿Por qué te ríes, Antonio?
- Porque como alguien se le cruce en el camino ... está perdido.
- Lo que sucede es que Lola los tiene más gordos que el caballo de Espartero.
- Oye, zamarro, cuéntame eso de que te la camelaste para la Escuela Equipo. La verdad es que nunca lo había oído. Debe ser difícil convencer a Lola, ¿no?
- Antonio, la vida me ha facilitado estrategias para andar mis caminos. Yo me pensé. Si intento convencerla va a hacer lo contrario de lo que le diga.
- Ah, ya y la llevaste al centro del ruedo.
- Claro, Antonio. Y solté el bicho. Estaba seguro que en el centro del asunto aceptaría la suerte del toro, porque es buena, noble, valiente y generosa. Me valí de su entrega y generosidad. Lola asumió mi responsabilidad en la Escuela Equipo en mis viajes a Madrid.
- No te hacía yo tan zamarro.
- Y aprendió dos lecciones. Una, a colaborar y asumir mis responsabilidades cuando yo me desplazaba a Madrid a negociar asumiendo otras responsabilidades. Y otra, descubrir la Escuela Equipo, en la que se han educado sus hijos y ha participado activamente.
- ¡Qué pendón estás hecho!
- Y ya en estos asuntos, Antonio, te voy a contar otra batallita más.
- Estoy deseando oírla, Cesicar de mi alma.
- ¡Qué meloso te vuelves, cura, cuando te pones en plan confesor!
- Cállate, calvillo de mierda
- ¿Te acuerdas cuando al final de los setenta estábamos negociando en Madrid y nos detuvieron tres o cuatro días a todos los miembros del Comité Estatal?
- Sí, cuando hicimos huelga de hambre.
- ¿Tú sabes cómo se enteró media España de que estábamos detenidos?
- La verdad no me acuerdo.
- Pues se enteraron a través de Lola.
- Ahora sí que no lo entiendo.

- Verás, cura. Aprovechando mi declaración en las mazmorras de la Dirección General de Seguridad en la Puerta del Sol de Madrid conseguí convencer al inspector de turno para llamar a mi esposa, tratar de serenar a mi familia y transmitirles tranquilidad. Serían las dos de la madrugada.

- ¿Y cómo conseguiste hablar con Lola?

- Muy sencillo. El inspector, no fiándose, me pidió el número de teléfono para llamar a mi esposa. Le di el de Lola, marcándolo él. A dos palmos de sus narices le hablé como si fuera mi mujer, trasmitiéndole tranquilidad, nuestra detención y en clave que ella era el enlace para comunicarlo al Comité de Empresa de la Arrixaca, a toda España y tomar las medidas necesarias.

- ¿Y Lola te entendió?

- Captó el mensaje a la perfección. Siempre hemos tenido una gran sintonía.

- Recuerdo que los hospitales de media España se levantaron en huelga en un santiamén.

- Pues a Lola le debemos tan importante eslabón de la cadena.

- Hombre, y a ti, maestro. Pero no te lo creas demasiado, zamarro, que también se debió al Comité de Empresa.

- Claro, cura, éramos un equipo.

- Cojonuda esta Lola, ¿eh?

- ¿Brindamos por ella?

- Vale, tío. Por Lola y Alejandro.

- Déjame echar el brindis a mí, maestro. Tú eres un castellano piojoso, que no ...

- De acuerdo, Antonio.

- Por vosotros dos, que os lo merecéis. Llenamos nuestras copas de vino y las vuestras de felicidad. Un abrazo.

- Oye, zamarro, si están ahí Fini y Pedro Antonio Ríos.

- ¿Es que no los habías visto?

- Su presencia me colma de felicidad.

- Tu sorpresa lo delata, Antoñico.

- Ahí tienes a la perfecta casada, como decía Fray Luis de León.

- O sea que la pondrías de ejemplo para las mujeres casadas, incluso para los pingos.

-No sigas por ahí, trompa alcuza. Fini es la dulzura en ánfora grande, la fidelidad imperturbable, la serena conciencia de Pedro Antonio, la sombra reconfortante y fiel, la lucha lúcida, es ...

- ¿Todo eso decía aquel aquel famoso fraile agustino?

- No, zamarro de mierda, decía muchas cosas más, pero no tan graciosas y bellas como las vemos en Fini.

- Qué bien se ven las cosas desde tu atalaya, ¿no? Me gustaría tener tu visión.

- La tendrás a su debido tiempo.

- Mientras tanto, ¿damos un abrazo a Fini y Pedro Antonio?

- Hombre, claro.

- Te siento emocionado, Antonio.
- Si no te importa, déjame solo con mi coronela.
- Antonio, no sé cómo irme de aquí.
- Es muy sencillo, maestro. No percibiendo lo que no quieras percibir.
- ¿Qué sabiduría hay en este paraíso.
- ...
- Ya estoy de nuevo contigo, maestro.
- He observado que tu Teresa cuando escribía la dedicatoria del libro, se ha quedado un momento en blanco. ¿Estaba consultándote si te ponía también a ti?
- No, estábamos en nuestra conversación.
- Buena gente Teresa, ¿no?
- Buena es poco, maestro. Todo su cuerpo, y mira que tiene cuerpo, es agradecido. Todo, bondad y dulzura. Mi coronela es ...
- Sigue, Antonio, no te cortes en lo mejor, coño.
- Mi coronela es algo especial para mí, no hay otra mujer como ella.
- Querrás decir era.
- No, zamarro. Es, porque para mí sigue siendo.
- Cura, ¿y por qué coronela?
- ¿Es que te ponía las peras a cuarto?
- Tú sabes, maestro, que en esto de la autoridad yo era un ácrata.
- ¿Más que Fernando?
- Bueno, de diferente manera. Me gustaba compartir la autoridad, no imponerla. Pero estas maestruchas, acostumbradas a mandar y dirigir ...
- Ya. Que los tic de la escuela tenían una larga sombra, que llegaban también a casa.
- No pensaba yo que me entendieras tan bien, pendón.
- Sé a qué sabe ese cuscurro, Antonio.
- Ah, zamarro, en tu casa también cuecen habas, ¿eh?
- ¿Tú qué crees, cura? Pero de ahí a coronela hay un trecho, ¿no?
- ¿Te plegaste a su mando?
- Aceptamos con naturalidad la situación, por otra parte muy sabia, porque ella sabe mandar con amor, suavidad y convenciendo y yo era un desastre.
- O sea, que mi coronela es muy cariñoso.
- Más que Teresa, Cesicar.
- Te echa de menos, Antonio. La he visto llorar.
- Sabe muy bien que siempre estaré a su lado.
- ¿Me dejas que le dé un abrazo?
- Nos lo vamos a dar los tres.
- Así me gusta, cura.

- Mira quién está ahí, maestrucho. Se me derrite el cuerpo de gozo.
- Antonio, en qué quedamos, eres ángel u hombre?
- Soy ángel, zamarro, pero no me importaría retomar mi cuerpo para sentir, compartir en él, los gozos de esta muchachota.
- Curilla, veo que te gustan llenitas.
- Cállate, maestrucho de mierda, y déjame disfrutar de la presencia de mi entrañable Paca Cifuentes.
- Cura, ¿te puedo pedir un favor?
- Pide por esa boca.
- Háblame desde tu privilegiada atalaya de Paca. ¿Puedes situármela en la historia?
- Pues mira. Paca sería la Marta de Jesús: toda su dulzura, todo su afecto, siempre fieles al Señor.
- ¡Qué cosas tan bonicas, Antonio.
- ¿Quieres que le dé un abrazo de tu parte?
- No. No quiero intermediarios. Quiero dárselo yo mismo.
- Estás obsesionándote con esta mesa.
- Es que aquí están dos personas especiales para mí: mi coronela y mi manchega.
- Ya. Te entiendo.

- Antonio, hacía mucho tiempo que no veía a Lola Martínez Diarte.
- No quieras ser tan perfeccionista, tonto el chambi. La Lola siempre será Lola Diarte o, si me apuras, la ugetera.
- Tienes razón, Antonio.
- Era la única oveja descarriada de UGT, que no faltaba en nuestras batallitas.
- Tía cojonuda y leal donde las haya.
- Sí, señor. Pero que no se lo crea demasiado esa trompa chota porque la savia le viene de mi amigo Aquilino.
- Dirás colega. Ya sabía yo que no te podía faltar en tu naturaleza de ángel el ramalazo de cura.
- Cállate, trompa mierda, muerto de hambre. Es lo mejor que le puede suceder a una mujer.
- ¿Qué se case con un cura?
- Que se case con un hombre, que le proporcione sabiduría y sabia divina.
- Hombre, ¡gracias por dejarme en tan buen lugar!
- Está bien, calvucio. Gracias a esos jesuitones tú también proporcionarás sabiduría y savia divina, pero sólo a medias, ¿eh?
- Algo es algo. Compruebo que el paraíso no te ha cambiado, Antonio.
- ¿Damos un abrazo a la Lola?
- Vale, tío.

- Chacho, pero si no le he conocido hasta que no me he acercado a él.
- ¿A quién? ¿A Pepe Ortiz?
- Está reducido como esas cabezas de los jíbaros del Amazonas.
- Es que le han hecho varias operaciones de reducción de figura o como se llamen.
- Le han rebanado las mantecas de todo el cuerpo.
- Lo mismo que tenían que haberte hecho a ti con ...
- Pendón, que eres un pendón. A mí no me sobraba nada y menos lo que insinúas.
- ¡Mira que siempre tengas que echar el carro por el mismo camino!
- ¡Qué gusto me da ver a la Teresa y su Teresilla!
- Son una familia encantadora, Antonio.
- Qué suerte ha tenido este camionero, siempre con el pito entre las manos, con esta madraza de Teresa, la materna, que es un pan de azúcar.
- ¿No tienes ningún apelativo cariñoso para él?
- Pues mira, ahora que lo dices, le viene como anillo al dedo trompa pito, por aquello del pito del camionero. A mí también me gustaba tocarlo en mis tiempos de camionero.
- ¿Sólo en tus tiempos de camionero?
- Cállate, maestrucho de mierda. No me tires de la lengua.
- ¿Les vas a dejar sin un abrazo a los tres
- Un beso y un abrazo.

- Antonio, es la primera vez que te veo dar un beso. Como te vea Joaquín que está al lado ...
- Oye, es verdad. Si está aquí este pendón.
- ¿Le ves cambiado, Antonio?
- ¡Va a cambiar éste! Sigue igual. Genio y figura hasta la sepultura.
- Igual que qué.
- Cuatro pelos mal puestos, habla por los codos y un tufillo comunista, que no veas.
- Pues estoy deseando decírselo a ver qué te contesta.
- Cállate y no la líes, provocador.
- Antonio, escucha. Pon oído a lo que está diciendo Joaquín al resto de la mesa: ¿Vosotros no oléis nada raro? Porque a mí me llega un tufillo a cura que, joder, me resulta familiar.
- Antoñico, lo que me faltaba oír esta noche, que siendo ángel todavía echas tufillo a cura.
- Me cagüen todos los calvos, que sois unos pendones de mierda.
- Antonio, disimula, por favor, que a lo mejor no va contigo.
- ¿Qué no va conmigo? ¿Con quién va a ir si no?
- ¿No ves que, como nadie le ha reafirmado en su tufillo, se ha callado?
- Si no fuera por la Piedad ...
- Continúa, no te cortes, hombre.

- Te decía que si no fuera por la Piedad, que es un panal de miel, donde toda la familia moja, ¿sabes?, no sé yo qué sería del pendón del Joaquín.
- Buena gente Piedad, ¿no?
- Buena es poco, César. Todo su cuerpo, y mira que es hermoso y no grande, es magnanimidad, dulzura, cariño, entrega. Bueno, no sigo porque ...
- Me confirmo en lo que te dije antes, Cura. Te gustan llenitas.
- Cállate, zamarro, más que zamarro.
- Antonio, ¿les damos un abrazo reconocido y un beso?
- Ni hablar. Un abrazo, sí. Pero un beso, jamás, porque el pendón de Joaquín es capaz de dármelo en los morros.
- Lo que digas, cura. Un abrazo reconocido.

- Mira qué graciosa está Vicent.
- Es verdad, maestro.
- ¿Te acuerdas cuando la conocimos que era un maniquí?
- Claro que me acuerdo de esta churubita melosa, que bailaba como las mismas glorias. Las manos se me iban solas al teclado de La Melodiosa.
- ¡Ay, zamarro, que te veo venir! A ésta no le aplicas terminología militar.
- Lo que pasa es que me da vergüenza decírtelo.
- Venga, cura, no seas tímido.
- Le cuadra a las mil maravillas mayoreta.
- Como no te expliques más, me quedo como estaba.
- ¿Por qué me haces hablar, zamarro, si me entiendes de sobra?
- Es posible que yo te entienda, Antonio. Pero quien lea nuestra conversación, no.
- Pendón, cacho pendón, muerto de hambre, ¿es que vas a publicar nuestra conversación?
- Hombre, pues si no tienes inconveniente, me gustaría que nuestros amigos conocieran nuestra conversación.
- ¡Bueno ...! Cuando algunos se enteren de lo que hemos hablado ...
- Pues ya de paso ...
- ¿En qué estarás pensando, trompa chota?
- Pensaba decirte que iba a aprovechar la ocasión para colgarla en Internet, así te haría famoso.
- Eso ni se te ocurra.
- ¿Y vas a desaprovechar la oportunidad que te brinda Internet para que el mundo conozca la ternura de tu corazón y nuestra amistad?
- Bueno ... Por nuestra amistad lo que haga falta. Me has convencido, maestracho.
- Gracias, Antonio.
- Te decía que Vicent es la mayoreta de la Arrixaca, que está a caballo entre militar y actriz.
- Ahora sí que no te entiendo, cura.

- Mayoreta por lo de mayorett. No me digas, zamarro, que su figura no le va. Y mayoreta por lo de mayor, porque esta churubita, si se lo propusiera, arrastraría a la Arrixaca entera.
- ¿No digo yo que tú eres un genio con chispa?
- Y su marido, el gafillas del Diego, el churubito de la cuarta. Buena gente, maestro.
- ¿Has oído el mensaje de Vicent?
- Me ha llenado de gozo, César.
- ¡Qué delicadeza y humildad! Nos felicita por la lección, por el camino y por el banquete, al que ha sido invitada sin merecerlo. Claro que te lo mereces, Vicent.
- Cesicar y yo os abrazamos a los dos.

- ¿Y qué me dices de Naty?
- Pues qué quieres que diga, lo que siento. Es una catalana graciosa sin entrar en política, eh.
- No recuerdo cómo la llamabas.
- A Naty, la hacendosa.
- Pues explícate, porque todas las mujeres son hacendosas, y precisamente ésta no iba a dejar de serlo, ¿no?
- Hacendosa especial, zamarro, porque como buena catalana sabe hacinar bien. Y hacendosa porque controla la Hacienda del Estado. ¿Te parece poco?
- ¿Y a su marido?
- ¿A su marido?
- Sí, hombre, a su marido. ¿Has perdido el hilo, Antonio?
- Ah, sí. ... Diego el mercachifles.
- ¿También es catalán?
- No, pero como si lo fuera. Sabe hacinar igual o mejor que Naty. ¿No ves que ya se ha hecho con media falda de Carrascoy?
- ¿Les pido que nos inviten a una paella de serranas y conejo el domingo?
- Me gustaría.
- Aunque luego tú sólo te comas cuatro granos de arroz o haya que prepararte un par de huevos fritos.
- ¿Y el gusto que me da estar con los amigos?
- Así es, Antonio.
- ¿No me das un abrazo para ellos?
- Uno, no. Dos, zamarro.

- Oye, ¿qué está haciendo Tristán, que no para de ir y venir de unas mesas a otras?
- Estará nervioso.
- ¿Nervioso ese pendón? Quiá
- ¿Se lo preguntamos?
- Estate quieto, zamarro, y no pinches a ese pendón.
- ¿Es que le temes, Antonio?
- ¿Temerle yo? Ni a los mismísimos santos que vinieran. Aunque le tengo un poco de respeto, ¿sabes?
- ¿Y por qué si no se come a nadie?
- Pero tiene una lengua, que muerde.
- ¡Qué exagerado eres, Antonio!
- Verás tú cuando te lea la panochada que tiene en la mano.
- Antonio, no veo nada raro en la panochada.
- Ese pendón se ha mordido la lengua con lo de las limpiadoras.
- ¿En qué, Antonio?
- Pues en que las limpiadoras ... te adoraban ... Bueno, no sé cómo decirlo.
- Me tienes intrigado, cura.
- Además, maestro, tú eras la estrella de aquella batalla ... Tenías esa furgonetilla tan majilla y tan apropiada en la que ... Bueno, las llevabas y traías.
- Que por cierto, cura, tú la conocías bien y no sólo de nuestros viajes a Madrid, ¿no?
- Bueno, yo recuerdo que la disfruté en nuestro viaje de novios.
- ¿Y no te acuerdas, cura, más que cura, del viaje a Italia?
- Ah, sí, es verdad.
- Veo que recuerdas lo que quieres, ¿eh?
- Bueno, volvamos a la furgonetilla, porque si no pierdo el hilo.
- Furgoneta, no. Furgonetilla. Ya.
- Me preguntaba yo si ...
- Hombre, cura, ahora el provocador eres tú, ¿no?
- ¿Para qué quieres saber más si ya ves todo desde tu atalaya?
- Maestrucho, desde mi atalaya se ve todo menos las indiscreciones.
- Ah, y tú quieres que te abra una indiscreción. Antonio, ¿te he pedido yo alguna que me enseñaras el registro de tu pisito de Los Rosales?
- Tú sabes muy bien, zamarro, que no llevaba registro porque pasaba de escribir.
- Ya me estás cambiando el tercio, cura. Quieres escaparte con las puertas cerradas.
- No es lo mismo, pendón, más que pendón. Tú estabas casado y yo soltero.
- Ya. Si te da lo mismo, Antonio, yo estaba casado y tú eras cura.
- Bueno, zamarro, tengamos la fiesta en paz. ¿Me disculpas por mi cotilleo?
- Así me gusta, Antonio, reconociendo los errores. Dame un abrazo, coño. Yo también tengo una espinilla clavada con Fernando, ¿sabes?
- Cuál es, Cesicar?
- Coño, cura, ¿otra vez en tu papel de confesor?
- Anda, maestrucho, cuéntame.

- Fue por aquellos años, en los que se desinflaba el movimiento obrero y emergía el amarillismo. Creo recordar que el motivo fue una subida salarial muy desigual. Estábamos en una asamblea en el Salón de Actos. Fernando se desgañitaba intentando convencer a Mantenimiento que aquello era una punta de lanza, que después nos beneficiaría a todos. Pero el personal de Mantenimiento sentía ya demasiadas lanzas en sus carnes. Intentaba desligarse e ir por su cuenta. Y yo estaba en medio con mi corazón por la unidad, pero teniendo que defender a Mantenimiento. Por prudencia e intentando resolver el problema opté por callarme, dejando a Fernando solo ante la asamblea. Los años y mi conciencia me han convencido de que fue una cobardía por mi parte. Discúlpame, Fernando.

- Ego te absolvo a peccatis tuis ...

- ¿Pero qué haces, cura?

- Lo siento Cesicar. Como me ha llegado tan sincero tu arrepentimiento se me han ido deseos y mano sin darme cuenta, ha sido un tic de cura. Así me gusta a mí, zamarro. Así, con humildad.

-Qué, Antonio, ¿te ha asustado la panochada de Tristán?

- No. Me ha gustado mucho. Ya sois abuelillos.

- Es una satisfacción muy grande, cura.

- Oye, César, qué guapa está la capitana.

- ¿Quién? ¿Charo?

- Pues claro, tonto el chambi, ¿quién va a ser si no?

- ¿Y por qué la ves como capitana?

- Porque va más derecha que una vela y marcando el paso. Nada más le falta que ir gritando uno, dos, uno ...

- Joder, Antonio, ¿es que no puede ir derecha como le dé la gana y marcando el ritmo, que quiera?

- Sí, claro. Pero además es de las que no sueltan el mango de la sartén.

- Bueno, cura, pero estamos de acuerdo en que está guapísima, ¿no? ¿Es que tiene que soltar el mango para que le des un abrazo?

- No pendón, más que pendón. Un abrazo muy apretado a los dos.

- Oye, mira quién hay aquí.

- ¿Quién?

- La brigadier del fotómetro de llama y su abogaducho.

- Ya. Mari Carmen Tortosa y Ángel.

- Sabes bien que no domino los nombres, por eso recurro a mi terminología. Aquella morenica graciosa de laboratorios de UCI, que no faltaba a las asambleas, vaya mujerona que se ha hecho. Y el abogaducho, que en compañía de Nico iba a los conflictos de limpieza de la Arrixaca a aprender de los sindicalistas, cuánto ha prosperado, ¿no? Qué gusto me da verlos esta noche.

- ¿Les damos un abrazo, cura?

- Un abrazo apretado a los dos.

- Te siento emocionado.
- Me emociona ver a estos zamarros.
- ¿A quiénes?
- A la reina de Saba y a este medicucho de mierda.
- ¿A Jose y a Pascual?
- Los mismos, César.
- Qué guapos están los dos. La reina de Saba viste mil colores y qué bien le caen. ¡Mírala, qué graciosa!
- ¿Por qué la reina de Saba, Antonio?
- Pues porque mira tú cómo se lo ha montado para ser una reina y que todos la adoren.
- ¿No será pura envidia?
- ¡Qué suerte ha tenido esta zamarrica guapa! Es todo corazón y dulzura.
- Dale, Perico al torno. ¿Por qué no cambias el chip?
- ¿Qué chip, ni qué puñetas!, piojoso muerto de hambre. ¡Qué moderno te me has vuelto!
- Antonio, eres un poco obsesivo. ¿No crees que se lo ha ganado a pulso?
- Pues la verdad es que sí y que me alegro mucho que sea la reina. Pero este medicucho es harina de otro costal. Y por si faltara algo se cree poeta.
- Y es poeta Pascual. Yo diría más bien creador.
- Por ahí sí que no paso, maestrucho muerto de hambre. Creador sólo hay uno y sabes tú muy bien quién es.
- Coño, no seas rígido, Antonio. Creador absoluto sólo hay uno, pero luego estamos los creadores de segunda y tercera, los que completamos los flecos del Gran Creador. ¿Te parece mejor así?
- Eso ya me va gustando más. Oye, ¿cómo lleva eso de los pájaros en la cabeza?
- Pues yo creo que con la mejor moral que se puede.
- Si hubiera podido me hubiera acompañado. Es un tío legal donde los haya, es un amigo.
- Esos son los amigos, Antonio.
- ¿Has visto qué poema tan precioso nos ha dedicado?
- Vosotros no os merecéis menos, zamarro.
- Gracias, Antonio. En el poema habla con natural belleza de las moradas levantadas con sueños, esperanza, amor, trabajos, sudor y dolor. ¿Qué bonito, ¿no?
- Este zamarro llegará a la altura mística de Santa Teresa.
- Llegará muy lejos, Antoñico.
- Dile que me llegan sus angustias y gritos y su felicidad también. Y dales de mi parte un abrazo de oso y un beso.
- Se los daremos los dos, ¿no? Cura, no estarás ... no sabía yo que los ángeles se emocionaban.
- Espera que me seque estas lagrimuchas.
- Vale. Se los daremos los dos.

- ¡Mira a quién veo!
- ¿A quién?
- A esta vasca escuchimizada. Es todo raíces y nervios, como San Pedro de Alcántara.
- Es una tía cojonuda, Antonio, como las del norte.
- Tiene un corazón que no le cabe en el cuerpo.
- Se ha jubilado hace años, pero sigue al pie del cañón. ¿De qué te ríes?
- Te acuerdas de los primeros movimientos asamblearios y elecciones en la Arrixaca?
- ¿Cómo no me voy a acordar, Antonio?
- Qué gozo, zamarro. Aquí estáis los dos más votados de las listas con los mismos votos: la enfermera Mariví y el maestro César.
- Aquellos eran tiempos de satisfacciones y no éstos.
- Ya lo creo. Me muero por darle un abrazo.
- Déjame que se lo dé yo, cura. No sea que vayas a descoyuntarle los huesos.

- También ha venido tu Esperancica, esa flor, esa flor ...
- No me dejes a medias, Antonio, que es mi hija.
- No puedo con la emoción. Dame un pañuelo por favor. Cómo se me abalanzó y abrazó cuando estaban curándola en la UCI infantil. Pobre criatura. Es un ángel.
- Se merece lo mejor, Antonio.
- Antoñico de mi alma, ¿desde ahí puedes hacer algo por ella?
- Haré lo que pueda, Cesicar. Por lo pronto dale todo el cariño de mi parte.
- Gracias, amigo.

- No me dices nada de tu maestrucha segoviana. La veo joven y guapa.
- Y en forma, Antonio. Con razón ha tenido tantos pretendientes. Le basta una mirada para calcular las distancias y poner cada cosa en su lugar.
- Ah, amigo, ¿Qué a ti también te llegan los tic de la escuela?
- Pues claro, Antonio, los tic y las puntadas.
- ¿Las punchadas?
- No. Las puntadas, cura. Sabe hilvanar y coser muy bien y, si fuera preciso, también punchar.
- ¿Y cómo habéis compaginado su innata autoridad escolar y tu autoridad hospitalaria?
- Preguntas mucho, cura. Se ve que el asunto aún te preocupa.
- Zamarro. Solo me queda el gusanillo de saber cómo han resuelto mis amigos el conflicto de autoridad familiar.

- ¿Cómo te lo explicaría, Antoñico de mi alma? Verás ... con un difícil equilibrio. La manta familiar resulta pequeña. Si uno quiere arrojarse del todo, el otro se queda con los pies al descubierto. Así que optamos, en pacto de silencio, por ir alternando un prudente tiro de la manta en función de necesidades personales, que por lo general suelen ser contrapuestas. Cuando uno está en auge, el otro en baja y viceversa. Y paciencia, mucha paciencia. Y aun así, cura, de vez en cuando saltan chispas de alto voltaje.

- Sabia decisión, maestro. Ya veo que las mantecas no son su fuerte. También tú, maestracho, parece que últimamente te has peleado con las grasas.

- Vamos entrando en edad y hay que cuidarse.

- A la vejez viruelas. Parecéis unos churubitos. Oye, zamarro, ¿cómo es que nunca me habías contado eso de los moduchifles?

- ¿Para qué iba a marearte el melón si sé que lo tuyo no son las tecnologías y que lo tenías ocupado en otros menesteres?

- Pero hubiera hecho un hueco para ti, castellano muerto de hambre.

- De eso estoy seguro, Antonio. Pero tú estabas enfrascado en la pasarela del pisito de Los Rosales. Lo mío era muy pesado.

- Cállate, muerto de hambre, piojoso, desgraciado.

- Bueno, Antonio, pues cambiaré de tercio. Mi vida está llena de esfuerzo. La familia, el trabajo, la actividad sindical, la cultura, la Escuela Equipo, la Comunidad donde vivo y un largo etc.

- Eso te habrá dado satisfacciones, ¿no?

- Muchas. Me ha supuesto gratificaciones personales, no económicas.

- Percibo vuestro amor y vuestro dolor.

- Gracias, Antonio.

- Hemos pasado un buen rato, ¿no?

- Divino

- Antonio quisiera ver el mundo desde tu atalaya. Antes de irte, ¿me darás una vuelta por el cosmos en tu Pegaso?

- Zamarro, querrás decir mi burra. ¿Te acuerdas de mi Montesa? ¿Qué quieres ver?

- Querría ver muchas cosas. La vida de Jesús hace dos mil años, el esplendor del califato de los Omeyas en Damasco y Córdoba, los momentos de la creación, los desastres ecológicos dentro de un milenio, vivir el amor ...

- Maestro, parece mucho, ¿no? Después podrían echarme el puro a mí.

- Pues entonces lo dejo a tu elección, Antonio.

- Elije una.

- No tengo dudas, cura. Vivir el amor.

- Anda, zamarro, sube a mi burra que antes voy darte una vueltecilla. ¿Ves los Alpes?

- ¡Qué maravilla, Antonio.

- ¿Sientes ya el amor?
- En mi vida había imaginado una cosa así, cura. ¿Montamos aquí dos tiendas, una para ti y otra para mí?
- Cesicar, no puedes quedarte aquí, porque aún no ha llegado tu hora. Pero dime qué sientes para que te diga si tu percepción es completa.
- Siento que el amor es unidad, integración. No veo restas, diferenciaciones, ni aspectos negativos. Todo es positivo. No hay celos. Siento todos mis amores integrados en uno. El mayor con diferencia es el de Fuencis. No hay contradicciones entre mis amores. ¡Qué maravilla! ¡Esto es amor, Antonio!
- Eso quiere decir, maestro, que aquí no hay dualidad.
- Pues explícate porque lo siento, pero no sabría describirlo.
- Verás. Allá, en tu mundo la dualidad es necesaria y permanente.
- ¿Por qué?
- Porque el mundo aún es imperfecto, pues no ha llegado a la plenitud de su evolución, a su destino. Se necesita la dualidad para entender y comprender cualquier concepto.
- ¿Por ejemplo?
- Amor y odio. Paz y guerra. Unión y desunión. Antes y después. Dentro y fuera. Abajo y arriba. Riqueza y pobreza. Bien y mal. Vanguardia y retaguardia. Macho y hembra. Cara y cruz. Luz y tinieblas ...
- Vale, vale, Antonio. Ya lo entiendo. Que nada es sin su contrario.
- No se entendería.
- Entonces aquí machismo y feminismo no tienen cabida.
- Qué va. Aquí somos todos ángeles.
- Antoñico, somos buenos amigos, ¿verdad?
- Claro que sí, maestro. Te considero entre mis mejores amigos.
- Oye, abusando de tu amistad, ¿te puedo pedir un favor?
- Cesicar, si está en mis manos, hecho.
- ¿Me dejarías asomarme un poquito, sólo un poquito así ... a esos ojos, que conocí en Venecia?
- No es posible, César. Ya sabes que las indiscreciones no se ven desde aquí.
- ¡No me jodas, cura! ¡Qué contrariedad!
- Más siento yo no poder complacerte. Ya veo que los llevas clavados en el alma.
- La penúltima, cura.
- ¿Te llegan nuestros gritos, angustias y amores?
- Me llegan los gritos de Pascual. Y sus amores. Son fuertes. Los oigo.
- ¿Y los de Joaquín?
- Veo que grita, pero sus ronquidos y tufillo comunista me impiden escucharlos.
- ¿Quieres que le diga algo?
- Calla, zamarro. Sería contraproducente. ¿Te acuerdas de Lola Montoya? Tú conoces bien esa estrategia.
- Tampoco oigo los de Fernando.
- Pues le diré que grite más.
- No se trata de gritar más, sino de vivir, de sentir.
- Bueno, cura, pues le diré que lo sienta más.
- Tampoco es eso, ¿sabes?

- Pues entonces, ¿qué es?
- Maestro, la oración es una unidad de elementos, en los que de entrada hay que descender del pedestal del ego a la tierra firme de la humildad y desde aquí integrar en el sentir y pensar la intensidad del dolor, del querer y del amor, abriendo sus puertas y dirigiéndolos en el sentido adecuado.
- ¡Ahí queda eso!
- Escucha, maestrucho ...
- ¿Qué te da tanta vergüenza, Antonio?
- Me haría ilusión una cosa, si no te importa.
- ¿Qué?
- Llevar yo las cartas a todos.
- ¿Te ha gustado el oficio de cartero?
- Verás ... es que aquí todos somos mensajeros.
- ¿Mo me digas!
- No te rías, maestrucho, que es verdad.
- Pero habrá muchas ocupaciones como porteros, legados, ángeles ... ¿no?
- Hacemos todos la misma función y tenemos el mismo nombre.
- Ahora sí que me has apañado el cuerpo, Antonio. Y yo que pensaba que entendía tu nuevo mundo.
- Escucha, Cesicar.
- Aquí las funciones de enviados, legados, mensajeros, diplomáticos, farautes, nuncios y emisarios; de consejeros, confesores, sacerdotes, obispos y papas; de comisionados, garantes, mandatarios, diputados, lugartenientes, representantes, delegados, procuradores y abogados; de porteros, carteros, ángeles y un largo etc, son las mismas.
- Todos representamos, llevamos y traemos el amor.
- Pero tendrán distintos nombres, ¿no?
- Nuestro lenguaje es elemental y bello, no tiene puntilleos. Es el simbolismo. Todos los que te he nombrado y muchos más están representados por la figura del ángel, sin alas, claro,
- Qué bello, ¿no? Antonio, tendrás que darme tu dirección para ponerla en los remites.
- Dame papel y lápiz que te la escribo, porque de lo contrario no vais a entenderla.
- ¿Por qué no vamos a entenderla?
- Pues porque está en nuestro lenguaje.
- Toma, cura, papel y lápiz.
- Mira, Cesicar, es:

Antonio el cura —  , 63, 



- ¿Y por qué en vuestro lenguaje simbólico escribes Antonio el cura?
- Porque ya ha perdido su condición de lenguaje universal y se ha convertido en símbolo, tonto el chambi. ¿Entiendes el resto?
- Pues pienso que sí. Pero prefiero que me lo traduzcas.
- Sabía yo, zamarro, que tenía que traducírtelo. Abre bien ojos y oídos, porque no voy a repetírtelo:

Antonio el cura
Calle La Cabaña, 63 – Distrito el Búho
Paraíso Celestial

- Sí, claro. Entiendo la primera parte. Porque la calle o vía, la cabaña, los años que rondaste entre nosotros y tus preferencias por la sabiduría del búho, me son conocidos. Pero créeme que no entiendo lo del Paraíso Celestial. Parece que hubieras dado el cambiazco al ojo del inspector Gachet, que todo lo ve, por la palomica.
 - Vamos por partes, maestro. El triángulo está claro, ¿no?
 - Clarísimo, Antonio. Dios absoluto trino y uno, a quien todo tiende y converge y no sé cuánto más ...
 - Pues la palomica, zamarro es el símbolo del Espíritu Santo, o sea, el amor puro y la paz.
 - ¡Que sabiduría tenéis en el Paraíso!
 - Maestro César, vamos a terminar que el Tristán y el Pascual están mirándote nerviosillos y comentando algo, que me da el tufillo, que va por ti.
 - Vale, cura. Gracias por el aviso.
- Me cagüen la leche, dame un abrazo, que me has emocionado.

- Oye cuñado, le dice Fernando a Pascual, ¿no crees que al César se le han agarrotado los nervios?
- Nando, yo pienso que le ha sobrevenido un lapsus linguae, de esos que sufre de vez en cuando.
- O a lo mejor ha sufrido un traspies mental, que todo podría ser.
- Puestos en eso, sentenció Pascual, podría ser un baile neuronal, que ya nos afecta a algunos. Je, je, je.

Como os iba diciendo, Antonio el cura está con nosotros y me manda un abrazo para todos.

Murcia, abril de 2006
 César Herrero Hernansanz